

# CUATRO NOTAS SOBRE LA POESÍA DE CHESTERTON

Dale Ahlquist

Dale Ahlquist es presidente de la American Chesterton Society. Conferenciante, editor, articulista y escritor, bajo el influjo de Chesterton también se convirtió al catolicismo. Es autor del libro *G. K. Chesterton: the apostle of common sense* (San Francisco, Ignatius Press, 2003, 183 pp).

Agradecemos a la American Chesterton Society su generosidad por permitirnos publicar estos textos.  
Traducción de José Antonio Hernández García

*Barbagrís en escena y El caballero indómito*

Cuando G. K. Chesterton murió en 1936, muchos de sus obituarios predecían que sería más recordado como poeta. Esto podría parecer sorprendente para la mayoría de los lectores de Chesterton hoy día, porque quizá se sienten más atraídos por sus todavía actuales y memorables ensayos, por su detective de ficción, por su crítica social y literaria o su elocuente defensa de la fe. Pero Chesterton publicó varios volúmenes de poesía durante su vida. De hecho, sus primeros dos volúmenes —ambos publicados en 1900— fueron de poesía. El primero, *Barbagrís en escena* (*Greybeards at Play*), una breve compilación de cuatro poemas, también contiene algunas de sus caprichosas ilustraciones, tan caprichosas como las rimas mismas:

Mi sobrina la Percebe tiene  
mis agudos ojos negros;  
Mi nariz la tiene el Elefante:  
no la quiero otra vez por delante.

Su segundo libro, *El caballero indómito* (*The Wild Knight*), incluye algunos poemas memorables como "Por el bebé que no ha nacido" ("By the Babe Unborn") y "La visión beatífica" ("The Beatific Vision"), así como el que ha sido su más fa-

moso poema: "El burro" ("The Donkey"). "El burro" es un microcosmos de Chesterton y de su filosofía. Presentes ya en este dulce y pequeño poema se encuentran los elementos que conformarán sus escritos para el resto de su vida: paradoja, humor, humildad, asombro, la defensa del pobre y sencillo, el reproche al rico y al saber mundano. Otro tema recurrente, que puede apreciarse en todo —desde los relatos del Padre Brown hasta sus debates públicos— es la presentación de un personaje que despediríamos por principio pero que nos sorprende al estar en contacto directo con la Verdad misma. Tenga cuidado antes de que moteje a alguien como asno; podría estar llevando a Cristo.

Cuando los peces vuelan y los bosques caminan  
Y los higos crecen de espinas  
En algún momento, cuando la luna era sangre que vi  
Seguramente entonces yo nací.

Con cabeza monstruosa y enfermo lamento  
Y orejas como alas errantes,  
Parodia del diablo andante,  
Sobre cuatro patas, algo mendicante.

El andrajoso marginado de la tierra,  
De antiguo y falso testamento;  
Hambreado, azotado, denigrado: yo soy mudo,  
Y mi secreto aún guardo.

¡Tontos! Yo también tenía mi hora;  
Una hora dulce y feroz:  
Un grito golpea mis orejas,  
Y las palmas se tienden a mis pies.

Un lector contemporáneo de este libro sagazmente observa: "El egoísmo no está en Chesterton; pero sus ideas exigentemente lo poseen, y el regalo de su autoexpresión es igual a su candor". (Para aquellos que no entiendan mucho inglés, esta oración puede traducirse aproximadamente como: "Chesterton no está lleno de sí mismo, y realmente es un pensador preclaro, hace camino con sus palabras y dice lo que tiene en mente").

La pieza que da título a esta compilación es un breve drama poético, pletórico de caballeros, espadas y misterio, temas que siempre estarían relacionados con Chesterton y su ficción y, por esa razón, con su no-ficción, e incluso con su vida. Pues se puede aludir a Chesterton como una especie de caballero indómito en sus caricaturas, en sus críticas y en

el tributo final que Walter de la Mere escribió para el monumento conmemorativo de Chesterton:

Sigue tu camino, caballero del Santo Fantasma,  
Sabiduría que abigarra, Verdad de amable broma;  
Los molinos de Satanás mantienen en acción tu lanza,  
Piedad e inocencia en tu corazón reposan.

Es útil recordar que Chesterton llegó primero a nosotros como poeta. Eso podría explicar por qué su poesía es tan maravillosa y por qué sus palabras todavía danzan. Podría ser que lo que Chesterton dijo sobre San Francisco también sea cierto para él: "Fue un poeta cuya vida entera fue un poema".

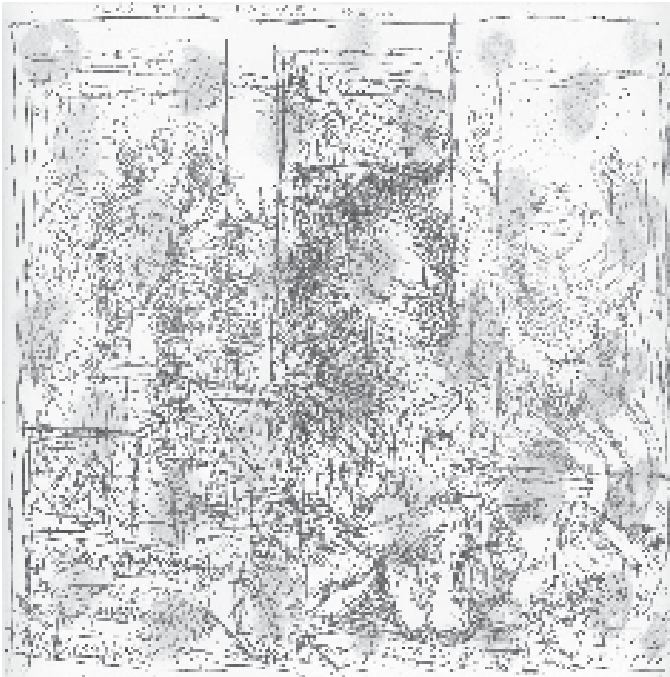
Poesía reunida

*La poesía reunida (Collected Poems)* de Chesterton casi se convirtió en su último libro. En la navidad de 1914 el enorme corpacho de Chesterton repentinamente se abatió. Sufrió un misterioso colapso físico que lo hundió en estado de coma por varios meses; mucha gente pensó que moriría. Pero sorprendente y muy oportunamente regresó a la vida en la Pascua de 1915.

Durante aquellos meses, mientras permanecía en su habitación, completamente sosegado y con una trémula conciencia, su esposa Frances reunió y editó su poesía dispersa para un volumen que no estaba segura si su esposo viviría para ver. La maravillosa colección que compiló fue publicada justo después de que Chesterton se recuperó. El libro incluye sus poemas dedicados a Bentley y a Belloc, sus mágicos poemas de navidad, tales como "Los Magos" y "El hogar de la navidad", su glorioso himno "Oh Dios de la Tierra y del Altar", algunos poemas de tinte político, como "Gente secreta", y poemas satíricos como la "Balada del reseñista de libros" y su humorística "Balada del suicidio":

El patíbulo en mi jardín, dice la gente,  
Es nuevo, pulcro y tiene la altura adecuada;  
Ato la cuerda de la consabida manera  
Como quien anuda su corbata a una pelota;  
Pero justo cuando todos los vecinos —desde la pared—  
Esbozan un largo suspiro y gritan "¡Albricias!"  
Soy presa de un extraño capricho... Después de todo  
Pienso que hoy no me ahorcaré.

Entre estos poemas que nos resultan muy familiares, hay algunos que no lo son tanto —verdaderas gemas ignotas—,



Gilberto Aceves Navarro, *Las tres gracias*, aguafuerte y agua tinta, 30 x 30 cm, 2003

escritos en los días iniciales de la primera guerra mundial. A pesar de que fue una guerra que Chesterton resistió con entereza, estos poemas poseen su propia dinámica, retratos inesperados del dolor y la miseria provocados por cualquier guerra, especialmente cuando alguien lucha por la codicia de otro y continúa por la incompetencia de alguien más, mientras los esposos e hijos son enviados a morir en el frente. En “La esposa de Flandes” consigue adentrarse en una profunda escena de devastación:

Techaron con paja los bajos graneros color marrón,  
Los remendaron y dejaron y andrajosos  
Donde, hasta hoy, vivían mis siete hijos,  
El montículo de heno un poco se ha esparcido...  
Éste no es París; se han equivocado de camino.

Pero los poemas sobre el lado sombrío de la guerra se ven eclipsados por otro poema de batalla que ciertamente es la pieza central de esta colección. No sólo es de los más bellos poemas de Chesterton, sino también uno de los más hermosos de la lengua inglesa. Es un intrincado tapiz de imágenes, una evocativa descripción de la historia, una obra maestra del ritmo y la aliteración que marcha con el firme propósito de construir en un *crescendo* un grito triunfal. Estoy hablando, por supuesto, de “Lepanto”.

Mugen los fuertes gongs y los cañones retumban,  
Don Juan de Austria se va a la guerra.

Forcejean tiesas banderas en las frías ráfagas de la noche,  
Oscura púrpura en la sombra, oro viejo en la luz,  
Carmesí de las antorchas en los atabales de cobre.  
Las clarinadas, los clarines, los cañones y aquí está él.

(Traducción de Jorge Luis Borges)

Esta batalla por sí misma es una de las más importantes de la historia. Las fuerzas islámicas de Salim II controlan el Mediterráneo y están muy cerca de reconquistar tanto Venecia como Roma. El poema saca a la luz las inequidades que operan en contra de la Europa cristiana en un momento crucial. La cristiandad no recibirá la ayuda de Alemania, dividida y debilitada por la Reforma protestante, ni de Inglaterra, sometida al ensimismamiento de Isabel, la “reina fría”; tampoco de Francia, bajo la inútil “sombra de Valois”, el rey Carlos IX.

Pero un héroe sorpresivo enmienda el momento, el Último de los Cruzados, don Juan de Austria, hijo ilegítimo del emperador Carlos V, quien milagrosamente condujo a las fuerzas cristianas —que eran superadas en número— a la victoria en la batalla que dio un vuelco decisivo el 7 de octubre de 1571.

El poema de Chesterton no sólo cuenta la historia, sino que realmente estremece y emociona. Hace una aproximación creativa, describiendo diferentes perspectivas de los acontecimientos, desde el entramado del sultán de Bizancio hasta el paraíso de Mahoma, desde el papa en el Vaticano hasta los esclavos cristianos encadenados a sus remos en las galeas de los barcos musulmanes, para llegar por fin a cierto soldado español que resultó herido durante la victoria y más tarde llegó a ser uno de los más notables autores de habla hispana: Cervantes. Y marchando a través de cada una de estas escenas, como un “sombrio tambor batiente”, está don Juan de Austria.

Nada más por este poema Chesterton debería ocupar un lugar entre los inmortales de la literatura. Debería estar destinado a ser memorizado, estudiado, discutido y revisado por cualquier estudiante de poesía e historia inglesas. Debería ser parte del repertorio permanente en cualquier colegio inglés; pero no es así. Muy pocos conocen este poema. Padece un eclipsamiento producido por un prejuicio doble: contra el catolicismo y contra la métrica y la rima. Es oportuno mencionar un juicio de Hilaire Belloc, quien dijo que

"Lepanto" "no sólo es la obra cumbre en verso de Chesterton, sino de toda nuestra generación. He dicho esto tantas veces que estoy cansado de decirlo otra vez, pero debo continuar diciéndolo. La gente que no puede apreciar el valor de 'Lepanto' ha de estar medio muerta. Dejémoslos que permanezcan así".

#### *La balada del caballo blanco*

Chesterton tal vez consideraba *La balada del caballo blanco* (*The Ballad of the White Horse*) su mayor logro literario. Y tengo dos razones para creerlo. Primero, porque se trata indudablemente de una obra maestra. Pero además porque es el único de sus trabajos que sintió lo suficientemente valioso como para dedicarlo a su esposa. *La balada del caballo blanco* es uno de los últimos y más grandes poemas épicos de lengua inglesa, y ocupa un lugar prominente en la literatura. Merece ser estudiado con profundidad y discutido prolijamente; debería ser apreciado en toda su dimensión. Pero como resulta casi siempre que nos referimos a los escritos de Chesterton, muy pocos comparten esta opinión.

*La balada* relata la historia del rey inglés Alfredo, quien combatió contra los daneses en el año 878. Pero es también la historia de la cristiandad en contra de las fuerzas destructivas del nihilismo y el paganismo, batalla que todavía seguimos peleando.

Al inicio del poema, la Virgen bendita se le aparece al rey Alfredo, quien le pregunta si va a ganar la batalla que se avecina. Su respuesta no es la que él espera:

Levemente se cierran las puertas del cielo,  
Y no guardamos nuestro oro,  
Los hombres se desarraigan donde comienzan  
    los mundos,  
Leen el nombre del pecado anónimo;  
Ganen o pierdan,  
A ningún hombre se le dice.  
Los hombres de Oriente deletrear pueden las estrellas,  
Y señalan las horas y los triunfos,  
Pero los hombres suscribieron la cruz de Cristo  
Y marchan alegremente a la oscuridad...  
Cosas malas saben los sabios  
que están escritas en el cielo,  
Reparan lámparas tristes, tañen melancólicas cuerdas,  
Y escuchan pesadas alas púrpuras,  
Donde los seráficos reyes olvidados

Aún planean la muerte de Dios...  
Pero tú y toda la bondad de Cristo  
Son ignorantes y arrojadas,  
Y tienes guerras que apenas ganarás  
Y almas que apenas salvarás.  
No digo nada para tu consuelo,  
Sí, nada para complacer tu deseo,  
A menos que el cielo se oscurezca aún más,  
Y el mar suba más alto.  
La noche lo será tres veces sobre ti,  
Y el cielo, hierro encapotado.  
¿Acaso tienes alegría sin causa,  
sí, fe sin esperanza?

La Iglesia enseña que hay dos pecados en contra de la esperanza: la presunción y la desesperación. No debemos ser ni triunfalistas ni derrotistas, ni soberbios ni suicidas. Tampoco debemos saber el resultado de la batalla. No tenemos la victoria garantizada —aunque luchemos por una causa correcta. El mensaje de este poema es que es responsabilidad de cada uno elegir el lado correcto, aunque se corra el riesgo incluso de no estar del lado vencedor. Es suficiente con saber que estamos luchando. Tal es el significado de la fe y la esperanza. Ese es el sentido de marchar "alegremente a la oscuridad". El rey Alfredo no obtiene palabras de aliento de María. Y no obstante, aunque parezca extraño, él está animado. A pesar de que no tiene nada para su consuelo ni nada para complacer su deseo, él se siente confortado y lo anima el deseo de luchar contra el enemigo.

El rey Alfredo parte para reclutar un ejército y pelear contra los daneses. Ingresó encubierto al campo danés, vestido como un trovador errante. Se sienta en el lado del fuego enemigo y escucha de sus propios labios su vacía y peligrosa filosofía, una verdad que es "fría de decir", en la que "el alma es como un ave perdida" y "el cuerpo, una cáscara rota". Cuando regresa a su campo, disfrazado todavía, es detenido por una anciana que está cocinando pasteles sobre el fuego. Le pide que vigile los pasteles mientras va a hacer alguna otra diligencia. Alfredo se sienta a filosofar sobre el papel de las mujeres y, claro, se le queman los pasteles. La mujer llega y le golpea la cara, dejándole marcada una escoriación roja. Ella no sabe que a quien ha cacheteado es al rey, pero Alfredo se levanta y sonríe, y se da cuenta que

quien es golpeado por una sirviente débil,  
debe ser un amable caballero inglés.



Leonora Carrington, *Sin título*, aguafuerte, 29 x 20 cm, 2003

Al aprender esta crucial lección de humildad, Alfredo está listo para la batalla. Jura devolver el golpe que ha recibido, no desde luego de la anciana, sino del enemigo. Él y su ejército llegan al combate para pelear una batalla que no parece que vayan a ganar, pero la ganan. Y después de su gran victoria, Alfredo —quien a sí mismo se llama “un rey común”— profetiza que el paganismo algún día regresará.

No vendrán en buques de guerra,  
Ni gastarán en sus blasones,  
Pero los libros serán su vitualla,  
Y la tinta en sus manos, su malla...  
Por terror y crueles cuentos  
De huesos y parientes, por supuesto,  
Por sobrenatural y débil triunfo  
Malditos desde que iniciaron,  
Por el detalle de pecar  
Y negar el pecado.

El pecado es una cizaña: empieza sutil y pequeño, pero si se desatiende, lo infesta y recubre todo. Esto nos conduce a la imagen del Caballo Blanco.

En lo alto de una colina de Berkshire desde donde se divisa el valle en el que Alfredo combatió a los daneses, existe una antigua imagen de un caballo blanco. La silueta se había formado tiempo atrás, cuando la hierba que cubría las piedras blancas donde subyacía fue removida, y en la que contrastaban diversas figuras blancas con la verde ladera. Pero la gente debe continuamente remover y arrancar el pasto y separar la cizaña, pues de lo contrario la imagen desaparecería.

El primer acto de Alfredo después de derrotar a los daneses en Ethandune es reunir a su gente y limpiar la hierba y hacer que la imagen del caballo blanco resurja otra vez, y que los bárbaros habían dejado que cubriera la cizaña. Por lo que éste es un “acto de voluntad e inteligencia” en contra de los elementos naturales, un acto repetido por los pueblos a lo largo de los siglos, y gracias al cual aún vemos la silueta del caballo tal y como se vio en la época del rey Alfredo.

Chesterton utiliza la misteriosa imagen como símbolo de las tradiciones que preservan a la humanidad. Nuestros padres nos enseñaron ciertas verdades, ciertos mandamientos; nosotros, a su vez, los enseñaremos a nuestros hijos. Si no se los enseñamos, muy pronto llegará “el detalle de pecar y negar el pecado”. La tradición moral de la raza humana nunca estará suficientemente segura. Es una tarea constante, difícil; nunca la podremos dar por supuesta. Como decía la discípula rusa de Chesterton, Ekaterina Volonkhonskaia, “si no aclaramos el perfil del Caballo Blanco con diligente cuidado, la hierba muy pronto lo ahogará y lo perderemos para siempre. No es la tradición moral la que nos lo conserva, sino somos nosotros quienes lo conservamos (o no)”.

#### *La balada de Santa Bárbara y otros poemas*

Mientras que la prosa de Chesterton es generalmente reconocida a la primera, con frecuencia su poesía requiere de dos o tres lecturas antes de que en realidad comience a rendir frutos. Se pierde mucho con la primera hojeada, pero siempre hay mucho por descubrir leyéndola y releyéndola. Es una pena que mucha de ella no sea solamente leída sino que únicamente sea leída una sola vez, lo que no es lo mismo pero es igual.

Un caso de éstos es la menospreciada “Balada de Santa Bárbara”, que da título a una colección de poemas que Ches-

terton publicó en 1922. Este poema posee la misma vena que tienen sus dos reconocidas obras maestras poéticas: "Lepanto" y "La balada del caballo blanco". Es poesía de guerra, una mezcla de leyenda e historia. Trata de una gran batalla en la que los buenos están a punto de perder. Pero este poema sobre extraer una victoria a partir de una derrota difiere de los otros dos en que éste es más sutil y profundamente místico. Es acerca del "otro lado de las cosas".

Santa Bárbara no es una santa de todos los días. Es la santa patrona de la artillería y de aquellos que se encuentran en peligro de sufrir una muerte súbita. La acción del poema tiene lugar en la batalla del Marne. Dos soldados, uno normando y otro bretón, se encuentran en retirada y la situación parece desesperanzadora; el normando parece resignado a admitir la derrota. Pero el bretón comienza a recitar la historia de Santa Bárbara para animar a su compañero de armas. Maravillosamente, Chesterton intercala la historia de Santa Bárbara con el relato de la batalla en curso, un poema dentro del poema. Y así abre una "tercera ventana al cielo". ¿Qué sucede? Léanlo y lo encontrarán.

Junto al poema de Santa Bárbara aparecen algunos otros poemas escritos específicamente para este libro, pero la mayoría fueron tomados del *New Witness* y fueron redactados durante y justo después de la primera guerra mundial. Chesterton honra a los soldados ingleses caídos, lo que resulta en particular profundo puesto que una de las bajas de la guerra fue su hermano Cecil. En contraste con el homenaje que rinde a los muertos de guerra, hay una mordaz sátira contra los políticos ingleses que "no tienen tumba todavía".

Pero los poemas sobre el honor de morir por la patria son contrastados con poemas sobre la maravilla de vivir, sobre el inimaginable milagro de tener un cuerpo, de tener mañanas y noches, de tener el brillo del Sol y el de las estrellas, "de cosas que son y que no pueden ser". Del impensable e impensado mundo moderno Chesterton dice: "Me maravillo de no maravillarme".

También aparecen algunos grandes poemas distributistas, que expresan la alabanza por su municipio, por su distrito (Tolkien baila como loco, tome nota: aprendió todo de Chesterton) y desprecia la ciudad industrializada

construida con peniques holgazanes  
y el penique miente también.

El Estado Servil rara vez había sido poetizado mejor:

Hemos visto mandar  
A los ladrones de la tierra, mientras  
Los gobernantes de la tierra obedecen.

Los mejores versos de este libro son los poemas dedicados "A los cuatro gremios". Chesterton alcanza su mejor poesía lírica, con una intrincada redacción e imágenes que vuelven sobre brillantes imágenes, como reflejadas a través de un prisma, con una imagen más brillante aún por detrás: los artesanos del vidrio que tejen con la luz; los constructores de puentes que hacen a los caminos volar; los tejedores que "diseñan las cuerdas que delinean a la gente"; y los labradores de piedra, que tallan santos y gárgolas en lo alto de las catedrales.

En la piedra que lo abatió, Esteban está en pie.  
Y el propio Pedro se petrificó.

Pero el poema que se eleva por encima de los demás en este libro resulta ser es el más breve, y es también el más personal. Este fue el primer libro de Chesterton después de su recepción en el seno de la Iglesia católica. Describe este magno acontecimiento en este poema titulado "El converso":

Después de un momento, cuando incliné mi cabeza  
El mundo todo cambió y se enderezó,  
Salí adonde el viejo camino brilló en su blancura,  
Caminé las veredas y oí lo que todos los hombres dijeron,  
Bosques de lenguas, como las hojas de otoño sin caer,  
No dignas de amar pero extrañas y ligeras;  
Viejos enigmas y nuevos credos, no a pesar de,  
Sino con sencillez, cual hombres que sonríen  
por un muerto.

Los sabios tienen cien mapas que ofrecer,  
Huella que su cosmos arrastra como un árbol,  
Y criban tanto su razón, igual que un tamiz  
Que conserva la arena y permite que el oro, libre, se vaya:  
Y todas estas cosas son para mí menos que el polvo  
Pues mi nombre es Lázaro y estoy vivo. •